

Recuerdos de París

Beryl C. de Santos

Rápidamente pasamos la aduana (yo impresionadísima porque todo mundo hasta los cargadores, hablaban francés) y tomamos un tren directo a París. El camino entero no dejamos de hablar un instante. Cuando llegamos, no lo podía creer que estaba yo en París. En el taxi se me saltan los ojos y yo trataba de absorber todo esa belleza. Llegamos al "Hotel du Nord" cerca de la iglesia "La Madeleine" y la "Place de la Concorde" nos quedaba relativamente cerca.

Lo primero que fuimos a visitar fue la torre Eiffel. No me la había imaginado tan grande. Posando para que mi marido tomara cine y fotos, me sentía tan insignificante como una pulga. Cuando llegamos arriba el panorama era majestuoso.

Con los telescopios veíamos todo el arco del triunfo a lo lejos el Campo Marte. El trocadero, los inválidos, etc. etc. Nuestros corazones estaban felices y eufóricos.

Visitar y conocer París tiene sus bemoles. Son tantas las cosas bellas que ver, que creo que ni en un año se logra ver todo y nosotros sólo teníamos 2 semanas.

Empezamos con los museos, el del Louvre lo visitamos 4 veces, seguimos con el museo del Hombre, el de cera, Los Inválidos, etc., etc. En este último se encuentra la tumba de Napoleón y palabra de honor que es tan imponente, que hasta se me enchinó el cuerpo.

Luego fuimos al "Follies Bergere" donde vimos una función estupenda. Allí fue donde ví por primera vez a unos mujeres "top-less". Me dio vergüenza. Yo no veía tanto a las mujeres sólo veía a mi marido, para ver su reacción. Estaba impávido, no movía un músculo y no parpadeaba. Le metí como 20 pellizcos esa noche.

Recuerdos de París II

Beryl C. de Santos

Siguiendo con mis recuerdos de mis experiencias en París, recuerdo que podía faltar a los centros nocturnos, como el Moulin Rouge, el Lido de París, el Pigalle, Le Carroll's y otros más pequeños. Todos por puesto con variedades "top-less".

Un recuerdo fabuloso para mí fue conocer las iglesias más famosas. En Mont-Martre está el "Sacre Cour" (Sagrado Corazón) en medio de un barrio bohemio con pintores, anditas y cafés al aire libre. Otro día fuimos a "Notre dame" (nuestra-señora), cada una en su estilo, son bellísimas.

Por supuesto visitamos muchos restaurantes de primera. Hablar de la cocina francesa es hablar de la mejor cocina del mundo (aunque para mí la cocina mexicana en su gran variedad de platillos, no se queda muy atrás).

Al día siguiente de mi llegada mi marido me quiso agasajar invitándome a un restaurante muy elegante y famoso: la Tour

d'Argent" (la torre de plata). Al ordenar la comida llamó el sommelier (catador de licores) y le pidió que nos escogiera el mejor vino trajo la botella y con una "tacita" que traía colgada al cuello, lo probó y aseguró que estaba exquisito. Yo sin saber nada de vinos ni costumbre le pedí al Sr. Catador, que él mío me lo trajera con agua, azúcar, limón y hielo" para prepararme una sangría. Háganse de cuenta que le había dado yo una cachetada ¡¡Nunca olvidaré su expresión!! Acto seguido siento una fuerte patada de mi marido y me dijo en voz baja: "Aquí no se toma así, pareces una naca" ¡Ah, sí? Pues así me enseñó mi abuelita. Y si no me lo sirven así, entonces prefiero una Coca cola, ¡¡Peor tantito!!!

El Sr. Catador lo tomó como un insulto. Ya ni modo, había yo metido la pata 2 veces en 2 minutos poco a poco tuve que aprender muchas cosas. Por ejemplo el día que pedí por primera vez "caracoles a la francesa" nunca

los había probado ni sabía cómo se comían. Sólo había visto a otros comensales comerlos con unas como pincitas, y unos tenedorcitos de dos puntas.

El primer caracol que agarré me saltó al pecho y me manché toda de mantequilla con ajo. Mi marido se atacó de risa. Pero qué bruta eres, me dijo. El segundo lo afiancé muy bien y al sacar el caracol de su concha voy viendo sus 2 cuernitos y me dije "esto no me lo como ni de foul" y lo volví a meter a su casita. Mi marido insistió diciendo: "al país que fueses, haz lo que vieres". Por fin los corté en pedacitos y para probarlos y les aseguro que hoy en día es mi platillo favorito.

Cambiando de tema, muy seguido íbamos a caminar por los "Champs Elisees" (los Campos Elíseos) y en los cafés al aire libre, tomábamos café y nos entreteníamos con sólo ver a la gente pasar. Sentíamos el ambiente como de eterna fiesta. Pero como toda fiesta ésta llega siempre a su fin. Empezamos a planear nuestro viaje a Londres. Nos dirigimos a la agencia de viajes Wagon-lits Cook y allí tuvimos la suerte de conocer por casualidades a un encantador caballero inglés. Se ofreció a ayudarnos y nos recomendó un magnífico hotel, el St. James Court. También nos dio su tarjeta para que lo llamáramos en Londres, por si algo se nos ofrecía. Gracias a él nuestro viaje resultó fabuloso. En mi próximo artículo narraré todos mis recuerdos de Londres.

La última tarde en París, fuimos a tomar café y ver pasar a la gente en el "café de la Paix" estábamos totalmente agotados, pero muy felices.